

Las “situaciones de comunicación” en el trabajo etnográfico. Reflexiones sobre la base de experiencias de campo.

**Por Leticia Katzer
y Orlando Gabriel Morales**

Leticia Katzer es Licenciada en Antropología y Doctoranda en Antropología (UNLP). Becaria de CONICET en el Laboratorio de Investigaciones en Antropología Social de la Facultad de Ciencias Naturales y Museo y docente en la cátedra “Antropología Social y Cultural” de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la UNLP.

Orlando Gabriel Morales es Licenciado y Profesor en Comunicación Social. Docente en la cátedra “Antropología Social y Cultural”, de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la UNLP e investigador del Centro de Estudios Aplicados en Migraciones, Comunicación y Relaciones Interculturales, FPyCS, UNLP.

Resumen

Este trabajo presenta una serie de reflexiones sobre lo que entendemos como “situaciones de comunicación” en el trabajo etnográfico, elaboradas al poner en diálogo diversas experiencias de campo en el marco de investigaciones individuales: una con indígenas adscriptos como huarpes, en el noreste de la provincia de Mendoza; la otra con migrantes de procedencia senegalesa y nigeriana, residentes en distintas ciudades del país.

Tales desarrollos intentan contribuir a desnaturalizar y visibilizar la complejidad de los contextos de interacción, considerando que abarcan distintas dimensiones y aspectos –tales como posición de los interlocutores en la estructura social, expectativas individuales, experiencias y relaciones previas de los sujetos y recursos materiales y simbólicos en intermediación– que no siempre son problematizados por los analistas, enfatizando así el carácter situacional y dinámico de esas relaciones de interlocución.

Entender el trabajo etnográfico como compuesto de “situaciones de comunicación” implica asumir una posición metodológica que lo define como un campo dinámico de relaciones, en el que se delinearán diversas estrategias discursivas y de acción por parte de los actores involucrados, configurando marcos de negociación, colaboración y resistencia que inciden en el proceso de investigación y en los resultados alcanzados.

Abstract

The present article contains a series of reflections elaborated when putting in dialogue diverse field experiences in two ethnographic differentiated contexts: with indigenous - of the ethnos Huarpe - and African migrants - of origin Senegalese and Nigerian.

These reflections try to contribute to denaturalize and visibilize the complexity of the interaction contexts, considering that they embrace different dimensions and aspects - such as the speakers's position in the social structure, individual expectations, experiences and previous relationships of the fellows, and material and symbolic resources in intermediation - that are not always approached for the analysts, emphasizing this way the situational and dynamic character of those interlocution relationships.

To understand the ethnographic work like “communication situation” it implies to assume a methodological position that defines it as a dynamic field of relationships, in the one that are delineated diverse discursive strategies and of action on the part of the involved actors, configuring negotiation marks, collaboration and resistance that impact in the investigation process and the reached results.

Palabras Clave: *Huarpes-migrantes nigerianos y senegaleses-Trabajo de campo-Situaciones de comunicación-Modelo informacional*

Este ensayo contiene reflexiones surgidas de desarrollar, socializar y compartir diversas experiencias de trabajo de campo provenientes de investigaciones individuales: en un caso, con indígenas adscriptos como huarpes, en el noreste de la provincia de Mendoza¹; en otro, con migrantes de procedencia senegalesa y nigeriana que residen en distintas ciudades de Argentina y se dedican a la venta ambulante de *bijouterie*². Este diálogo ha sido posible en el marco de desempeñarnos como docentes en la cátedra “Antropología Social y Cultural”, de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata y en las reflexiones se ha buscado articular tanto referencias a nuestras propias situaciones de campo como a escenarios reseñados en etnografías clásicas. Si bien los casos son diferentes, los une un contexto común: el hecho de residir como “Otros” en un país donde históricamente se los ha negado y explotado, y donde hoy se los “reconoce” desde la exotividad, sin dejar de ser el racismo la forma de relación cotidiana, e internalizada, que condiciona y marca de inicio la construcción de los patrones de interacción y la producción de discursos en las situaciones etnográficas.

En el proceso de comunicación constitutivo de los contextos de producción de conocimiento etnográfico hemos reconocido colaboraciones, negociaciones y tensiones entre los interlocutores, sobre las cuales nos remitiremos a reflexionar. Tal propósito requiere de discriminar y examinar algunos aspectos del contexto de interacción: posición de los interlocutores en la estructura social, expectativas individuales, experiencias y relaciones previas de los sujetos, recursos materiales y simbólicos intervinientes en el proceso de comunicación en la investigación etnográfica, entre otros.

Estas dimensiones comunicacionales no se hallan problematizadas –sino, por lo general, naturalizadas– en las etnografías clásicas, cuyos posicionamientos metodológicos se sustentaron sobre mode-

los informacionales unidireccionales. Si bien han sido revisados y, aparentemente, superados en la actualidad estos modelos vuelven a hacerse presentes parcialmente, dado que los procesos de comunicación involucrados en el trabajo de campo no siempre son referenciados y construidos como objeto de reflexión en toda su complejidad. En todo caso, las alusiones refieren a reconocer al “Otro” como un participante activo, como un potencial actor en la producción de co-teorizaciones (Rapport, 2000), pero sin dar cuenta de la heterogeneidad de las formas de participación y desconociendo –naturalizando– las asimetrías y conflictividades que enmarcan determinadas situaciones de interacción.

En consecuencia, lo que pretendemos al asumir un posicionamiento metodológico situacional es desnaturalizar y complejizar los contextos de interacción involucrados en el trabajo etnográfico, definiendo a éste como un campo dinámico en el que los actores involucrados delinean diversas estrategias y dispositivos discursivos y de acción en el marco de relaciones no del todo estables y lineales.

La situación comunicacional como categoría de análisis

La propuesta de análisis situacional del trabajo de campo se basa en una reapropiación de la categoría de “situación social” formulada por Max Gluckman (1987 [1958]), quien la definió como un conjunto de configuraciones e interrelaciones entre diversos grupos y elementos culturales que conjugan tanto conflictos y tensiones como formas de cooperación y comunicación, los cuales determinan/ modifican el comportamiento y participación individual en ella. Así, cada situación social conforma un patrón de interdependencia cohesionado y conflictivo a la vez, en el que intervienen tres elementos: un conjunto limitado de actores sociales (individuos y grupos), las acciones y comportamientos sociales de estos actores, y un evento o conjun-

1 La investigación con los indígenas adscriptos como Huarpes comenzó en 2004 y desde 2007 constituye la investigación de tesis de doctorado de Leticia Katzer realizada en el marco de una beca otorgada por CONICET.

2 El trabajo de campo con migrantes senegaleses y nigerianos en Argentina –en particular, con vendedores ambulantes de *bijouterie* residentes en las ciudades de La Plata, Buenos Aires y Resistencia– se inició en enero de 2008 en el marco de la realización de un documental fotográfico, antropológico y social desarrollado por Orlando Gabriel Morales, quien se desempeña como investigador en el Centro de Estudios Aplicados en Migraciones, Comunicación y Relaciones Interculturales (FPyCS, UNLP).

to de eventos que referencia la situación social a un momento dado de tiempo. Estas formulaciones, retomadas y aplicadas al análisis de las condiciones de producción de los datos etnográficos, permitieron definir al trabajo de campo como “situación etnográfica”, es decir, como un espacio móvil e inestable que conjuga contrastes y negociaciones interpretacionales y de postulados y objetivos (Pacheco de Oliveira, 1999, 2006).

La definición del trabajo de campo como “situación” resalta su especificidad política, que deviene de la puesta en escena de intereses y estrategias diversas y con frecuencia contrastantes dentro de la red de relaciones que delimita. Implica entender a los actores partícipes de la interacción como inmersos en relaciones de fuerza y de sentido, cuyas acciones, creencias y expectativas se articulan. En este sentido, el concepto de “situación” se presenta como un instrumento eficiente para el análisis de las complejas interlocuciones generadas en el trabajo de campo. Esta categoría permite analizar las relaciones entre los interlocutores en el contexto de producción de conocimiento como relaciones simultáneamente balanceadas y mutables, con alteraciones y ajustes, así como identificar diferentes patrones de interdependencia en las distintas situaciones de comunicación.

Definida de este modo, la interdependencia no remite a una reciprocidad balanceada, a una condición de simetría entre los actores partícipes, como tampoco implica considerar que los actores así relacionados tengan el mismo peso para determinar las características y los rumbos de la interacción en todos los contextos. Desde este punto de vista, campo y situación comunicacional son conceptos solidarios: todo análisis situacional acaba por delimitar un campo, el cual supone una multiplicidad de contextos que podrían ser descompuestos en situaciones de comunicación diferenciadas. Analizar las relaciones entre los interlocutores en el contexto de producción de conocimiento a través de estos con-

ceptos permite superar los abordajes oposicionales que idealizan y polarizan los marcos normativos y cognitivos de los sujetos en interacción –el “saber académico” y el “saber de los sujetos investigados”– o que suponen que se trata de un puro poder consensual, resultado de un acuerdo entre las perspectivas de los diferentes actores, omitiendo o minimizando la significación de concepciones divergentes.

En esta óptica, el patrón de legitimidad no deviene de un consenso preexistente, sino que es construido por los propios actores en función de sus posiciones específicas, difícilmente simétricas. La base del establecimiento de un patrón de legitimidad discursiva se encuentra siempre sobre una determinada correlación de fuerzas entre los actores sociales. De este modo, considerar lo antedicho permite: superar el modelo oposicional-informacional, en la concepción de la comunicación y de los patrones de interacción involucrados en el trabajo etnográfico; identificar tanto la diversidad de situaciones de comunicación como sus implicancias sobre los patrones de interdependencia en ellas configurados; y, por lo tanto, captar la interacción comunicacional en su pluridimensionalidad.

Comunicación y construcción del Otro en la interacción etnográfica

El “problema de la comunicación” entre los interlocutores en situación de campo no ha sido de particular interés ni fue construido como objeto de análisis en las etnografías americanistas y africanistas clásicas. Cuando se ha hecho referencia, sólo ha sido de manera descriptiva, casi anecdótica, sin ser parte constitutiva del análisis etnográfico. Esas etnografías fueron elaboradas sobre la base de principios epistemológicos explícitamente dicotómicos y a modelos informacionales de la comunicación que minimizaban –cuando no omitían– tanto la complejidad de las relaciones que conforman el tra-

bajo de campo como la agentividad de los actores en el proceso de producción de conocimiento. Desde esta perspectiva, la pretendida objetividad-neutralidad radica en el distanciamiento con el objeto y en la fuga de la subjetividad de los actores intervinientes en el proceso investigativo.

En el modelo informacional el sentido que atribuye el destinatario a los signos y la intencionalidad que preside a la emisión y el supuesto carácter evidente de la comunicación son cuestiones omitidas o excluidas de la problematización analítica (Matterlart, 1997). En este sentido, señalaremos a continuación algunas de las referencias que consideramos más representativas en las producciones etnográficas de Alfred Metraux (1937) y Carlos Rusconi (1961-1962) sobre los huarpes y de Edward Evans Pritchard (1977) sobre los nuer en África Oriental.

A lo largo de su obra etnográfica, Metraux se ha referido no pocas veces a los huarpes como "ariscos". Esto, en tanto la linealidad con que concibe a la comunicación, no se concreta por la negación del Otro a constituirse en fuente de información, es decir, no hay una correspondencia. También respecto de los huarpes, Rusconi menciona las dificultades para la toma de mediciones con cinta métrica y de fotografías, describiéndolos como "esquivos" ante sus requerimientos. Por eso, según relata, tuvo que valerse "de otros medios para conseguir ese objetivo", siendo "más fácil compilar datos" al valerse de "prebendas, sea en alimentos, comestibles o bien de ardidés, según los casos".

En el mismo sentido, Evans Pritchard señala respecto de los nuer:

Como no podía usar el método más fácil y más corto de trabajar con informadores regulares, tuve que recurrir a la observación directa de la vida cotidiana de la gente y participar en ella [...]. Recogía la información en fragmentos, pues utilizaba a cada nuer que encontraba como fuente de información, y no, por decirlo así, en largos relatos proporcionados por informadores seleccionados y entrenados.

La construcción de estas etnografías tiene sus cimientos en la conceptualización del trabajo de campo como "expedición", una actividad neutral y explorativa en la que el "Otro" investigado es percibido y definido como mero objeto de examen, proveedor de información y no como narrador activo; mientras que los propios etnógrafos se conciben y posicionan como recopiladores de información y productores de datos sobre el objeto. La relación que se pone de manifiesto en estos relatos es de disponibilidad de un interlocutor para con el otro, en el que la agentividad del objeto queda anulada, siendo éste reducido a un mero soporte de experimentación que proporciona información. De este modo, el distanciamiento evidente y explícito cercenó el encuentro y el diálogo con la población nativa, configurando simultáneamente una respuesta de distanciamiento y resistencia.

Contrariamente a esta concepción informacional de la comunicación en el trabajo etnográfico, en el marco de modelos dicotómicos/ unilineales el análisis situacional permite visibilizar y desnaturalizar ciertos aspectos inherentes a las interacciones que se establecen en los procesos de producción de conocimiento. Así, elementos textuales y contextuales –posición de los interlocutores en la estructura social, expectativas individuales, experiencias y relaciones previas de los sujetos y recursos materiales y simbólicos en intermediación– adquieren particular importancia para el análisis de las condiciones de producción de conocimiento. Su problematización permite, por ejemplo, pensar cómo las posiciones sociales de los interlocutores condicionan las propiedades de los discursos circulantes e inciden en los acuerdos y resultados alcanzados.

Las situaciones de comunicación tienen una dimensión subjetiva en tanto los interlocutores están habilitados y se reconocen mutuamente como agentes con capacidad de producir sentido, desarrollando procedimientos de interpretación que intervienen en la negociación para un acuerdo inter-

subjetivo, siempre potencialmente provisorio y, por lo tanto, dinámico. La superación del abordaje oposicional del acto de comunicación en la situación etnográfica implica desnaturalizar la noción de “acuerdo intersubjetivo” como algo substancializado y definido apriorísticamente, considerándolo, en cambio, como un proceso en permanente construcción y redefinición que conecta líneas de cooperación y oposición dentro de un universo de actores y conductas caracterizado por relaciones móviles.

No se trata, entonces, ni de idealizar y polarizar el saber académico y/o el saber de los sujetos investigados ni de suponer que se trata de un puro poder consensual, resultado de un acuerdo entre actores portadores de variaciones del sentido, sino de captar las divergencias, tensiones y resistencias en los contextos de producción de datos etnográficos, tal como hemos podido observar en nuestra propia experiencia de campo y como fue señalado –si bien en términos descriptivos y sin llegar a una problematización analítica– por etnógrafos como Evans Pritchard, Metreaux, y Rusconi.

Las divergencias y tensiones en torno a un acuerdo entre los interlocutores en una situación de comunicación propia de un trabajo de campo constituyen una “problemática” muchas veces reconocida por los etnógrafos, incluso los clásicos, aunque no siempre tal confesión se ha traducido en un examen de las condiciones que las facilitan y las incidencias que tienen sobre el proceso y los resultados.

Evans Pritchard reconoce la dinámica y provisoriedad del acuerdo alcanzado y del patrón de interacción establecido en su relación con los nuer, pero sólo en términos descriptivos y sin llegar a una problematización analítica:

Además de la incomodidad física en todo momento, de la desconfianza y obstinada resistencia que encontré en las primeras etapas de la investigación [...] surgió otra dificultad a medida que avanzaba la investigación [...]. A medida que fui entablado relaciones más amistosas con los nuer y sintiéndome

más familiarizado con su lengua, comenzaron a visitarme desde la mañana temprano hasta avanzada la noche [...]. Aquellas visitas inacabables ocasionaban charlas e interrupciones constantes y, aunque ofrecían la oportunidad de mejorar mi conocimiento de la lengua nuer, provocaban gran tensión.

En este caso, el etnógrafo se halla interesado en dar cuenta de las condiciones de producción de su investigación porque considera que así los lectores “podrán distinguir mejor las afirmaciones que pueden estar basadas en una observación correcta de las que pueden estar menos fundamentadas”. Sin embargo, su razón para la exposición de los condicionamientos que enmarcan la elaboración de la teoría social obedece más a un criterio de objetividad que a un análisis crítico que indague sobre el alcance y las incidencias que tienen para su investigación las disposiciones y percepciones que registraba en los Otros y que lo posicionaban, a la vez, como un “extraño” y un “enemigo”.

En cualquier época habría sido difícil hacer investigaciones entre los nuer, pero en el período de mi visita se mostraban extraordinariamente hostiles, pues la reciente derrota que les habían inflingido las fuerzas gubernamentales [del imperio inglés, del cual el autor fue funcionario en la administración colonial] y las medidas adoptadas para garantizar su sometimiento definitivo les habían provocado profundo resentimiento.

El reconocimiento de un contexto histórico, social, político y económico específico constituye un punto de partida para examinar los condicionamientos recíprocos que intervienen en un proceso de trabajo de campo donde se ponen en relación interlocutores que, por lo general, en ese momento dado se encuentran dispuestos en posiciones diferenciales en una estructura social. Ya sea que se trate de una diferencia cultural, política o de cualquier otro núcleo de adscripción identitaria, en la situación de contacto destaca la diversidad de los interlocutores y los (pre)dispone de una u otra manera para la co-

municación. Pero esto es un punto de partida y no de llegada, porque el solo reconocimiento de las posiciones diferenciales no alcanza para asumir el compromiso de un diálogo recíproco ni supera las desigualdades estructurales (pre)existentes.

Los huarpes y los migrantes senegaleses y nigerianos en la Argentina han aprendido y aprehendido percepciones y representaciones sobre la civilización europea y sobre el hombre Blanco en general. Éste último es reproducible en cualquier interlocutor local, autoreferenciado en un imaginario nacional Blanco y eurocentrado, producto de una configuración histórica registrable en los discursos y las prácticas, desde los paradigmas ideológicos que sostienen las instituciones estatales y sus políticas hasta las relaciones interculturales propias de la vida cotidiana de las personas.

Al encuentro entre el etnógrafo y el indígena huarpe, entre el documentalista social y el migrante senegalés o nigeriano, preexiste, coexiste y prevalece un contexto histórico global marcado por la dominación del blanco sobre los no blancos que encuadra las relaciones establecidas. Si bien tal reconocimiento no implica un determinismo, tampoco puede ser desconocido como parte del marco en el que están insertas las interacciones y desdeñarse su consideración dejándolo fuera del análisis de las intermediaciones entre los actores y sus alcances en el conocimiento producido. Así como esta realidad histórica no puede ser ignorada por el analista social, no lo es para ninguno de los interlocutores del etnógrafo en situación de campo, más allá de los niveles de problematización y/o naturalización de cada uno.

En los primeros encuentros con nuestros interlocutores, indígenas y migrantes, éstos no dejaban de interrogar sobre el propósito del trabajo, la pertenencia institucional, el porqué del interés, el para qué estudiarlos y por qué a ellos y no a otros. La información dada puede ser suficiente pero no constituye por sí misma una garantía de confianza, por eso cuando unas preguntas tienen respuesta pue-

den surgir otras. Según el grado de vulnerabilidad con que el interlocutor se percibe y presenta en la relación pueden manifestarse o estar latentes sentimientos y actitudes –miedo, desconfianza, sospecha, rechazo– que desestabilizan el acuerdo intersubjetivo alcanzado. Incluso, tiempo después de establecida una relación, esos estados y conductas no necesariamente desaparecen:

En el diario del domingo salió una nota que dice que los africanos que vendemos en la calle somos narcotraficantes. Hay una fotografía, ¿tú has sacado esa foto? (...) No quiero más fotografías. ¿Qué haces con las fotografías? ¿No me vas a meter en problemas? (...) Nosotros no tenemos nada que ver con eso, eso es toda mentira. Yo voy a encontrar a ese fotógrafo (...) todos nosotros lo estamos buscando (CH., migrante nigeriano).

Nuestras certezas comienzan a ser cuestionadas. El "Otro" nos reclama que nos definamos y lo definamos, a la vez que nos define según aquello que percibe:

"Ay, tú no sabes nada sobre nosotros (...) ¿Qué piensas vos sobre nosotros?" (A.M.K.C., migrante senegalesa).

El imaginario eurocentrado del investigador se reproduce en su sentido común: el proceso de desnaturalización de los prejuicios sobre el "Otro" no se logra el primer día de acceso al campo. Como construcciones históricosociales, parafraseando a Pierre Bourdieu (1999), "los juicios sobre los otros se hacen cuerpo". Ese cuerpo Blanco necesita ser transformado en y para la comunicación dialógica con el interlocutor diverso. Estas representaciones y percepciones etnosociocéntricas tienen lugar dado que encuentran anclaje en una configuración histórica, y en tanto el investigador –etnógrafo, documentalista social, entre otros– adscribe y reproduce una posición dentro de la estructura social –la sociedad mayor, el Estado, las instituciones científicas–.

En este marco, en cuanto nuestros interlocutores en la situación de campo perciben y vivencian

una relación, con el “mundo de vida” al que adscribimos, en la que sus intereses no son contemplados, porque se los reconoce en función de su disponibilidad y productividad –al menos como objeto de estudio e intervención científica, tecnológica, política, etcétera–, se producen divergencias, resistencias, distanciamientos y descreimientos que socavan o dificultan el acuerdo y el diálogo.

Hay un proyecto de la facultad de sembrar tunas, que no es de nuestra cultura, y yo no te puedo explicar lo que es ese cuadernillo, cómo se va armar, cómo se va a implementar (...) Yo le decía a la gente del campo: “¿Ustedes qué piensan de esto? ¿Creen que va a funcionar?” “Y, no sé (...) yo tengo unas plantitas”, me decían. ¡Pero las tienen de adorno! No, no es lo que necesitamos (...) Lo que necesitamos son otras cosas. Primero que nos den las tierras, el agua y después hacer un mejoramiento caprino y, después, ver el tema de los caballos, de las vacas. Entonces yo le decía a mi primo: “Vos no tenés que avalar esto que sabés que no va a funcionar”. (M.A., huarpe).

Incluso, habiendo alcanzado un entendimiento mutuo, una interacción en condiciones más o menos recíprocas, ese contexto a la vez global y particular –en tanto la exterioridad de los hechos no implica que los actores en interacción no nos veamos interpelados a asumir posiciones frente a esa realidad– no deja de tener incidencia y enmarca la situación de comunicación. El juego de interacciones sostenido en la situación etnográfica, en un marco general de actitudes de colaboración y estrategias de resistencia, (resistía) en forma dinámica a los interlocutores y lleva a (re)definir acuerdos y patrones de interacción convenidos durante el proceso de investigación.

Situaciones de comunicación con indígenas huarpes y migrantes nigerianos y senegaleses

La presencia y modo de articulación de las divergencias y tensiones inherentes a los procesos de

construcción de acuerdos en contextos de producción de datos etnográficos configuran diversas situaciones comunicacionales en las que se articulan tanto las posiciones, expectativas y recursos materiales y simbólicos como las experiencias y relaciones previas de los actores partícipes de la interacción. Los modos en que nuestros interlocutores nos perciben e identifican como agentes académicos aparecen necesariamente marcados por los modos en que se han vinculado y, por ende, los modos en que han representado la institución académica. Su reelaboración simbólica de los históricos posicionamientos unilaterales y autoritarios de la institución científica halla sus repercusiones actuales en respuestas que van desde el ocultamiento –lo cual se traduce en no recibir a los investigadores–, pasando por la negación explícita a otorgar información hasta la rigurosa demanda de explicitación de los objetivos, posibles resultados y mecanismos de financiación de la investigación. La arbitrariedad científica, evidente en los estudios etnográficos clásicos, es señalada hoy por nuestros interlocutores, y no sin “fastidio”, en alusiones como:

“Vienen a sacarnos fotografías, nos quieren hacer entrevistas, nos piden que les contemos historias, pero a veces no se dan cuenta que yo estoy trabajando, que tengo que ir a atender a los animales” (H.G., huarpe).

“Vinieron gente de la universidad que querían hacer un proyecto. Me llamaron para que vaya al Cricyt, me dijeron que para el proyecto había 90.000 pesos, después nos dijeron que no, que eran 45.000, que el resto era para gastos de investigación (...) Al final le dijimos que no, que no nos interesaba, pero el proyecto ya estaba presentado y ya estaba la plata” (S.T., Huarpe).

En el caso de los huarpes, es de notar la frecuencia con que se señala la necesidad de revisar la forma de intervención académica, referencias entre las que destacan las alusiones a la desinformación acerca de los objetivos y destino de los resultados

de la investigación –“No nos llega la información”, “las producciones no han sido discutidas”–, la devolución de los materiales y resultados y, con mayor efusividad, la falta de compromiso local que asocian a la situación de que “vienen, nos hacen unas preguntas, hacen sus publicaciones y no vienen más”, o a que “vienen a plantear proyectos que a nosotros no nos interesan o nos causan problemas”.

Mostrándose cada vez más preocupados por examinar la agentividad de los investigadores, los indígenas, específicamente, ponen de relieve tres aspectos fundamentales: las formas autoritarias de intervención científica, la escasa o nula consulta y comunicación de los objetivos, medios, montos de financiación y posibles resultados de la investigación, y la escasa o nula circulación de los avances de la investigación y de los resultados finales. La reiteración con que se hacen patentes estas formas de intervención predispone de una manera particular a los interlocutores en la interacción. Al lado de la atribución de arbitrariedad a la acción científica como institución, nuestra posición como agentes universitarios aparece representada en general como una posición de autoridad, tal como puede leerse en referencias como “usted que tiene estudios, sabrá mejor que yo” o “no es lo mismo que se los diga yo a que se los digas vos”. También hemos registrado que en algunas situaciones se nos posiciona como potenciales mediadores para el acceso a recursos materiales/ simbólicos, de ahí la solicitud de información sobre becas del INAI –en el caso de los huarpes– o sobre modalidades de obtención de documentación personal, particularmente en el caso de los migrantes irregulares (no documentados)–, normativa inmigratoria/ indígena, acceso a servicios públicos o subsidios sociales.

Los tipos de recursos que se hacen presentes, e intermedian discursiva y materialmente en la relación y en los actos locucionarios, constituyen otro componente diacrítico más de los patrones de interacción en las situaciones de campo. Como se señalo

anteriormente, los etnógrafos han aludido de manera explícita a la necesidad de “otorgar provisiones” para ser “aceptados” como interlocutores. Los recursos materiales/simbólicos son los que señalan en principio las posiciones sociales de los interlocutores, y su cualidad y modo de inserción inciden en la interacción. La presencia de recursos de investigación, tales como medios de transporte y dispositivos digitales de registro, marcan de inicio la posición social desigual entre los interlocutores. En el caso de los huarpes, los medios de transporte y los subsidios de investigación son los recursos a los que se han referido con particular énfasis, aludiendo a la “desigualdad de condiciones” respecto de la institución universitaria a la hora de llevar a cabo proyectos. De la misma manera, la puesta en escena de tecnologías de registro ha disparado en los actores del documental fotográfico interrogantes sobre los valores de los dispositivos, generando muchas veces comentarios sobre la capacidad adquisitiva del documentalista. También los recursos de financiación del trabajo y las potencialidades comerciales del producto final son objeto de conversación y, en algunos casos, de especulación.

En el mismo sentido, y dado que en todo acto de interlocución existe una selección discursiva –y ello no exceptúa a las interlocuciones etnográficas– son diversos los recursos simbólicos instrumentalizados al momento de seleccionar contenidos narrativos predispuestos a comunicarse, o no comunicarse, durante determinadas interlocuciones etnográficas. Hemos observado que esta selección puede ser explícita –“Yo hay algunas cosas que te voy a decir, y otras que no”– o implícita. La ironía y los engaños constituyen los recursos simbólicos de selección discursiva implícita que más hemos identificado. En el caso de los migrantes, tanto el engaño como las respuestas evasivas acerca de sus nombres verdaderos y las formas de ingreso al país, cuando se hacen presentes como estrategia de resistencia, dificultan tanto el acceso a sus marcos de referencia como el

establecimiento de acuerdos legítimos que posibiliten una interacción en condiciones de reciprocidad. De allí que acompañar dificultades propias de su situación de vulnerabilidad y compartir actividades cotidianas contribuye a que ciertas “barreras” se diluyan y a que la confianza y compromiso mutuo se consoliden, lo que repercute en la calidad de los resultados alcanzados.

En nuestro caso, los relatos más relevantes respecto a los propósitos de la investigación han emergido mucho más de compartir estas experiencias cotidianas que de entrevistas previamente formateadas. A medida que la tarea investigativa avanza, la confianza y compromiso mutuo van acompañados de demandas y requerimientos diversos. Cada vez más, nuestros interlocutores solicitan materiales, como documentos históricos y/o documentos oficiales, que son utilizados *a posteriori* como fuentes de argumentación en los proyectos presentados a nivel provincial o nacional o en denuncias en instituciones como el INADI, así como también demandan resultados y productos de nuestras documentaciones e investigaciones. Conscientes de la particular vulnerabilidad jurídica que genera su situación documentaria, los migrantes senegaleses y nigerianos, casi siempre en forma simultánea, se inclinan por dos líneas de acción: requerir garantías de que sus identidades se mantendrán en el anonimato y solicitar intermediación o ayuda para la gestión, obtención de información u orientación de cara a su regularización. El primer requerimiento es casi una constante, mientras que el segundo varía según la situación de cada uno y el grado de interés en llevar adelante los trámites correspondientes. En la mayoría de los casos, por la “colaboración prestada” en la elaboración del documental exigen de manera explícita o implícita una “contraparte”, vinculada a una devolución de carácter material o simbólico –por ejemplo, aparecer en una foto, y de cual o tal manera–. En este marco, la devolución de los resultados alcanzados no sólo constituye una

necesidad sino que representa una posibilidad para el sostenimiento del acuerdo establecido entre los interlocutores.

De una u otra forma, la gestación, evolución y satisfacción de las expectativas de los actores en interlocución en el trabajo de campo incidirán tanto en el proceso de investigación como en los resultados alcanzados. De hecho, las fluctuaciones entre el cumplimiento e incumplimiento de las expectativas, sobre todo las que refieren a devoluciones parciales durante un proceso de investigación, hacen al dinamismo de la situación etnográfica y su dimensión comunicacional. Con todo, la aprehensión por estos “Otros” construidos como objetos de investigación del histórico racismo Blanco, y de los históricos posicionamientos unilaterales y autoritarios de la institución académica, no dejan de condicionar y marcar los modos en que nuestros interlocutores nos perciben e identifican como Blancos y como representantes de esta institución, y ha terminado por generar respuestas de negociación interna respecto a seleccionar a quién, sobre qué, cómo y por qué comunicar, demandando simultáneamente la construcción de una interlocución más discutida –en términos de valores e intereses– con los investigadores.

Nuestro esfuerzo por construir una interlocución lo más justa posible constituye un esfuerzo por comprender y tomar en consideración los argumentos de los interlocutores y se inicia escuchando y dialogando sobre la propia intervención científica. En este sentido, el trabajo de campo requiere de generar ámbitos propicios para el intercambio de pensamientos, reflexiones, comentarios y sugerencias para incluir en futuros análisis, como así también para la revisión social de la información y la evaluación conjunta acerca de las incidencias que pueda tener la investigación y la devolución de los productos de las documentaciones e investigaciones. Pero la confianza del “Otro” y el compromiso mutuo en el marco de la investigación no se logra de manera inmediata: la construcción de un patrón

de interacción tiene historicidad, que abarca tanto la microhistoricidad de la relación de interlocución etnográfica específica como la macrohistoricidad de la relación Blanco/no Blanco, y conjuga intereses, sistemas de representación, expectativas y afectos.

De esta manera, podemos afirmar que lejos de situar una mera “relación cognoscitiva” (Pacheco de Oliveira, 2006), reducida a la “transmisión de información”, el trabajo de campo configura un espacio de interacción de diferentes propósitos y sistemas de representación en el que se pone en juego no sólo el interés académico y su relevancia científica sino, también, y de manera cada vez más acentuada, la demanda de los “Otros”, construidos como objetos de investigación, de comprender los fines y efectos de la investigación científica para su “comunidad”, aprobándola o exigiendo reformulaciones. De allí que homogeneizar todos estos vínculos y omitir el análisis de las posibles repercusiones que puedan tener sobre las etnografías e interpretaciones manifestadas resultaría un proceso reductor y empobrecedor.

Consideraciones finales

En el marco de contribuir a desnaturalizar y visibilizar la complejidad de los contextos de interacción en situaciones etnográficas, la revisión crítica de etnografías clásicas que han referido a indígenas americanos y africanos nos ha permitido observar y señalar la presencia de formas de aludir, concebir y valorar al “Otro” diverso que, entendemos, se encuadran en un modelo lineal, unidireccional e informacional de entender la comunicación. En definitiva, un posicionamiento coherente con una relación de dominación en que la agentividad del “Otro” se reduce a su disponibilidad para la experimentación, la observación y la indagación en tanto fuente de información.

Desde esta perspectiva, el “Otro” no tiene más voz que en cuanto a lo que al etnógrafo le interesa

indagar y según los términos en que éste lo interpela. Así, las resistencias –los silencios, las evasiones, los rechazos, etcétera– son sólo señalados como anécdotas de campo y de manera descriptiva; es en la colaboración –homogeneizada, regularizada, aparentemente estable y armónica– donde se produce el conocimiento. La heterogeneidad, la divergencia, la conflictividad, o no, es enunciada o se define en un nivel de abstracción que la separa del contexto de producción de conocimiento.

El posicionamiento situacional es lo que nos permite, no sólo superar estos abordajes dicotómicos de la relación investigador/investigado y entender a los interlocutores en situación etnográfica como activos narradores con capacidad de establecer acuerdos en condiciones recíprocas sino, también, analizar las relaciones en el contexto de producción de conocimiento como simultáneamente balanceadas y mutables, con alteraciones y ajustes. En los contextos de producción de conocimiento etnográfico se ponen en juego intereses y estrategias diversas, a veces en contradicción, pero sobre un marco donde las acciones, creencias y expectativas se articulan en la producción de un consenso, de un acuerdo intersubjetivo, determinando o modificando el comportamiento y la participación.

En la situación etnográfica los interlocutores traen consigo expectativas, recursos materiales y simbólicos, experiencias y relaciones previas que en conjunto y articuladas condicionan y definen los patrones de interacción establecidos, imprimiendo en éstos un dinamismo que abarca mecanismos de dominación, colaboración y resistencia. A los acuerdos intersubjetivos alcanzados entre los interlocutores en la situación de trabajo de campo subyace una serie de aspectos que hace de ellos estados inestables y provisionales; un dinamismo que impide pensar el consenso como una sustancia acabada y definida. En tal sentido, hemos presentado casos y discursos y hemos descripto situaciones con indígenas

harpes y migrantes senegaleses y nigerianos donde damos cuenta de la persistencia de percepciones, representaciones y valoraciones de la institución académica, que muestran la continuidad de posicionamientos lineales, informacionales y autoritarios que en ocasiones marcan conflictivamente las predisposiciones de los actores al diálogo y las condiciones de construcción de acuerdos.

De esta manera, la dimensión comunicacional en el trabajo de campo debe ser visibilizada y problematizada atendiendo a su carácter situacional y dinámico, producto de la agentividad de los actores en interacción y de su capacidad para (re)situarse y (re)definirse en el marco de las relaciones creadas. En la medida en que el acuerdo de subjetividades se actualiza en correlación con los (re)posicionamientos de los actores no es ni definitivo ni estable, y su estado de situación, dinámico, define la continuidad, forma y calidad de la interacción y, por ende, de la investigación y sus resultados, lo que nos lleva a pensar que las situaciones de comunicación en el trabajo etnográfico merecen ser analizadas en toda su complejidad y alcance.

Bibliografía

- BOURDIEU, Pierre. *Meditaciones pascalianas*, Anagrama, Barcelona, 1999.
- EVANS PRITCHARD, Edward. *Los nuer*, Anagrama, Barcelona, 1977.
- FABIAN, Johannes. *Time and the work of Anthropology. Critical Essays 1971-1991*, Routledge, Londres, 1991.
- FANON, Franz. *Piel negra, máscaras blancas*, Schapire, Buenos Aires, 1974.
- GLUCKMAN, Max. "Análise de uma situação social na Zululandia moderna", en Feldman-Bianco, B. (comp.). *Antropologia das sociedades contemporâneas*, Pesser & Bertelli, San Pablo, 1987 (1958).
- HABERMAS, Jürgen. *Teoría de la acción comunicativa II*, Taurus, Madrid, 1999.

- MATTELART, Armand y MATTELART, Michelle. *Historia de las teorías de la comunicación*, Paidós, Barcelona, 1997.
- METRAUX, Alfred. "Contribución a la etnografía y arqueología de la provincia de Mendoza", en *Revista de la Junta de Estudios Históricos de Mendoza* Nº 15 y 16, Tomo VI, Mendoza, 1937.
- PACHECO DE OLIVEIRA, Joao (comp.). *Hacia una antropología del indigenismo*, Contracapa, Río de Janeiro, 2006.
- _____ *Ensaio em Antropologia histórica*, Editora UFRJ, Rio de Janeiro, 1999.
- RAPPORT, Nigel y OVERING, Joanna. *Social and Cultural Anthropology: The Key Concepts*, Routledge, Londres, 2000.
- RICOEUR, Paul. *Du texte à l'action. Essais d'herméneutique*, Seuil, Paris, 1986.
- RUSCONI, Carlos. *Poblaciones pre y poshispánicas de Mendoza*, Vol. I, Imprenta Oficial de Mendoza, Mendoza, 1961-1962.
- VIGNATI, Alejo. "Contribución al conocimiento de la etnografía moderna de las Lagunas de Huanacache", en *Notas preliminares del Museo de La Plata*, Tomo I, La Plata, 1931.
- RAPPAPORT, Joanne y RAMOS PACHO, Abelardo. "Una historia colaborativa: retos para el diálogo indígena-académico", en *Historia Crítica*, Universidad de los Andes, Bogotá, 2005.